REPÚBLICA DE EL SALVADOR — AMÉRICA CENTRAL

EL FÍGARO

Tomo I — San Salvador, Domingo 9 de Diciembre de 1894 — Num. 8

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi — *Víctor Jerez*

SECRETARIO DE REDACCION:

ISAIAS GAMBOA

OFICINA:

10ª Avenida Sur—Nº 93

"EL FIGARO"

Periódico Literario

Se repartirá todos los domingos por la mañana
Valor de suscripción, por mes: $37\frac{1}{2}$ centavos
Número suelto: un real
Número extraordinario: 25 centavos.
Centro-América y exterior, por semestre: $ 2
Los recibos de la capital se cobrarán después de vencido el mes
La administración queda, de hoy en adelante, á cargo de la Redacción

La colaboración para "EL FÍGARO" será solicitada por la Redacción
En ningún caso se devuelven originales

CAUSERIE

Después de llegar del campo, después de una ligera temporada en que se ha gozado mucho, cuando uno viene lleno de salud y alegría, ¡cómo se goza al tomar de nuevo la pluma y tener que escribir, porque el periódico espera y es necesario hacerlo circular bien luégo!

Vengo de lejos. Por término, casi más ó menos de veinte días, he estado alejado de por acá. Ahora vuelvo, dispuesto á trabajar con ahinco. Siempre es bueno una escapatoria, para nosotros que trabajamos con el cerebro, que gastamos nuestra vida en llenar las columnas de un periódico. Va uno á reponerse, á llenarse de aire, á purificarse la sangre, á dar descanso al cerebro y luego . . . . . ¡Al trabajo! Los *bloks* de blancas y largas cuartillas están allí, sobre la mesa, como haciéndonos señas. Recostada á la boca bien abierta del tintero, está la pluma nueva, que el mozo ha tenido el cuidado de mudar.

—Port Boneur!

⁂

Téngome guardada una frase de Lohengrín, que leí en el campo y á la que tenía ganas de consagrarle, há días, un trozo en mis revistas.

Reza así: "¿Sabéis lo que es un niño?—Es un madrigal en los labios de una virgen!" Por demás es decir que allí huelga la delicadeza. Lohengrín tiene ese don. En donde los gabilanes de su pluma muerden, florece un mirto, revienta una gemela, se esponja el rosetón blanco de una gardenia. ¿Lohengrín? Os lo digo siempre y siempre os lo repetiré, aunque parezca ya mi elogio muy consecutivo y sobre todo, elogio que espera pago: ¡Eres un guapo artista!

Un niño. He allí reasumida en esa breve frase, en esas dos palabras furtivas, todo un poema de encanto. Un niño! Una rima de rosa, un madrigal de iris, un suave lirio azul. Puede tomarse una estrofa de ese poema, y esa estrofa se hace, al calor de un beso, libélula, y luégo se torna en mariposa de alas transparentes.

Víctor Hugo, el venerable, amó con paternidad á los niños. De ellos dijo: "Son un rayo de sol" y andaba sobrado de razón. Gustaba él, caduco ya, al sentarse un niño sobre sus rodillas, de acariciarle las frescas mejillas y luego, besar aquella boquita roja que decía: ¡cómeme!

Y de todo es digno un niño. Como que se vuelve uno pipiolo al contacto de ellos. Besar á un niño es como acariciar el sedoso plumón de un pájaro, como sorber las gotas de rocío matinal que guarda una rosa en su suave estuche de pétalos.

¡"Un madrigal en los labios de una virgen"! Se entreabren los labios, como para dar un beso, como para pronunciar un "te amo" y brotan los versos, uno á uno, como un collar de perlas que se rompiese y cayeran sobre el musgo. Un madrigal formado de besos, es ese madrigal que simula un niño, según Lohengrín. ¡Y qué besos! Sonoros, fuertes, trastornadores son. Van prendidos, ensartados á un hilo azul y forman collar que merecería, para reposar, un mórbido cuello de vírgen. A ese cuello sienta á mil maravillas. Ella es la que cuida de los niños y el collar es un presente, una ofrenda cariñosa.

¿Qué es un niño? Y diría yo: Una sonrisa en los labios de María. Y huélgome de ello, á no ser que otro, mucho antes, lo haya dicho ó escrito. Eso sería un descalabro. Pero . . . . Creo que no. Yo no lo he visto nunca en igual forma de frase.

A un niño quisiera uno vaciarle á sus piés un mundo de felicidades. Salud, goce, alegría, blancura perpetua y frescura imperecedera al rostro, gordura al cuerpecito, rosa á las mejillas, miradas picarescas á los ojos, mohín dicharacho, sonrisas cautivadoras, palabras tronchadas, como tallos de crisantemos, á sus labios. Quisiera uno

para ellos todo lo bueno y no dejar llegar, no dejar acercarse, á su festín inocente, á las hadas malas. No. Para esas malas deidades no quisiéramos asientos; quisieran hacer que faltase plato, vaso; que no hubieran ya manjares y que se agotasen, por completo, los vinos. Que se quedara á la puerta; que no entrara á perturbar la alegría que reina, es nuestro deseo constante.

Suena un coro de risas joviales que se desparraman en ondas. Por el balcón abierto, que encuadra la enredadera florida, salta el chorro cristalino, que botan labios vírgenes. ¡Qué? Es el gran dia! El cumple-años del bebé ha llegado. Dentro, en el hogar, es un desbarajuste. La mamá está contentísima y no halla qué hacer con el chico; casi se lo come á besos y caricias. El papá, que contiene un poco más, que pone un dique al fuerte caudal de su alegría, se conforma con no dejar de verlo ni un solo momento. La banda de niños, los invitados al festín, ríen y gritan. La larga mesa, toda cubierta de chucherías; bombones raros, azafates de laca rebosantes de postres sabrosos, juguetes, banderolas de seda, vinos generosos que emborrachan los cerebros de mirlo....... ¡Qué alegría! Un año cumple el bebé. Y está tan gordo! Y es tan gracioso! Y ríe de tal manera y con tanta picardía! Y tiene unos ojos tan azules y unos labios tan pequeñuelos y rosados y unas mejillas de poma edenal!

Es ese el madrigal que salta, de entre rosas, como pájaro cautivo que se escapa de la jaula, al menor descuido de la señorita.

¡Oh! Yo no me lo esperaba. ¡Que grande desgracia! ¿Y como estará de desconsolada la mamá que tanto lo queria, que lo mimaba como á un gorrión? ¿Y el papá? ¿Habrá puesto dique á su dolor? ¡Ah, nunca! Para el dolor, río desbordado, cascada poderosa, mar tempestuoso, no hay dique. El río se ha desbordado; ha saltado triunfante sobre él. Se despeña en lágrimas.

El bebé ha muerto ya! ¿Tan luégo? Si, señor mío. Una escarlatina quizá, talvez una fiebre. Dice "el señor doctor" que lo han matado las lombrices. ¡Oh! La mamá está casi loca; el papá rematado, de ir á parar á Oretes. Habla él solo, gesticula como desesperado. La casa de comercio cerrada. Los negocios paralizados. Mientras tanto, los encargados de las pompas fúnebres no omiten gasto. Botan oro, porque las cajas están y las llaves á disposición.

El niño está tendido en el salón, allí donde no hace todavía diez días se celebraba el natalicio Pero no hay nada de fúnebre. Al contrario. Parece, por tal profusión de blancos cortinajes, de tules, de girnaldas de azahares y rocetones de lirio, que se espera al niño que ha ido ha hacer su primera comuinón. La misma banda de niños amigos llega. Vienen vestidos de blanco y con coronitas de flores blancas en los brazos. Se acercan al catafalco del amigo, tristes algunos, llorosos otros, y dejan, después de contemplar un rato aquel rostro palido y marchito, la ofrenda á sus pies.

Llevan del taller de ebanistería, el blanco ataúd. Se pone dentro al niño. No se deja ni al papá ni á la mamá acercarse por allí. Cada cual está en su cuarto, en cama, desvanecidos, presos de fiebres. ¡Eran padres!

Y luego; se va el cortejo. Al carro fúnebre, cubierto de blanco y de flores, rodean grupos de amigos, vestidos de negro, grupos de niños, que llevan lazas negras, atadas albrazo izquierdo.

Y ese es el último verso del madrigal. Salta de entre flores tintas, como mariposa negra que huye de la serpiente. Va, vuela torpemente. Vuela y se pierde entre los árboles que se sumergen en las luces vagas é indecisas de un lento crepúsculo otoñal.

¿Qué es un niño?—Lohengrín, responde: ¡Un madrigal en los labios de una vírgen!

Aprendamos, de memoria, ese madrigal y murmuremoslo, cuando venga, entre iris de colores y fausto de luces, la regia diosa Primavera.

***

"Mis versos" ¡Sencillo nombre! Por acá ha llegado ya su precioso libro, Facio amigo. Ha llegado bueno y salvo, á traves del corto pedazo de mar recorrido y de las balijas del correo. Al borde del cesto de mimbre, rebosante de flores húmedas, descuella la tarjeta de blancura deslumbrante. Ostenta un blansón y en letras rojas, letras de sangre, de púrpura, un nombre: "Mis versos."

Justo Facio es el obsequiante regio. En su jardín ha cortado puñado de rosas y ha formado ramilletes. Nos los envía, perfumados y nuevos, espolvoreados de rocío, libios aún por el postrer beso de un rayo muriente de sol. Es un almacigo de tonos, una profusión de matices, la que forma el coqueto grupo. Junto á una azucena pálida, muribunda, el rojo extallante de un clavel; cabe el tono débil y azul de una violeta, el matiz aterciopelado y aurisolar del girasol. Y luego: el verde de la hoja del pimiento, que forma como suave lecho.

Facio: no podré personificar de manera mejor sus versos. Hagámoslos flores. Hagámoslos joyas preciosas que se ocultan dentro del estuche tivio y enervante que forman los pétalos apretados. El sol, con su caricia bochornosa, hace romperse la crisalida floreal y desaserse en onda de perfume. Entre la penumbra suave, hay reflejos de oro, chispear de piedras preciosas, sin engastes, que ruedan como tórpes libélulas.

"Crespones" "Bronces" "Adelfas" "Medallones" "Tapices" "Sonetos grises" "Facetas" "Flores de llanto" "Torsos." He aqui las diferentes secciones del volumen. Las páginas suben á doscientas ocho. La impresión es limpia, elegante. Buen papel y formato *fin du siecle.* Una buena edición.

Como se ve, el libro es un conjunto soberbio. Junto á un frondoso rosal que se dobla al peso de las rosas, se alza un marmol imponente, un desnudo de legítimo Páros; junto á una enrredadera de madreselvas, tapizado de flores, estrellas amarillas que titilan en un cielo de hojas ver-

des: un busto, un trozo de mármol corintio. Al pie de un árbol, cubierto por las ramas, acariciado apenas por los rayos del sol, hay algún bronce regio: un Dante, un San Juan de Pathmos, un Moisés. Y luego; en el *chalet* blanco y primoroso, dentro, en el salón, entre cortinajes de púrpura y sobre tapices claros y primaverales, toda una serie de bocetos *portraits* de mujeres, trazadas con pasión sobre fondos de rosa. Encuadran las telas marcos de nácar ó guirnaldas de flores naturales. Por la ventana se apercibe un trozo de cielo azul, limpio, radioso. Grupos de blancas palomas y golondrinas de plumajes obscuros, anidan en los aleros. Un lindo asunto de paisajista.

Justo Facio es un delicado poeta. Ya en pasados tiempos le rendí alabanzas sinceras en un corto artículo de periódico. Hoy al publicar su volumen, ya tan anunciado, le felicito muy sinceramente. Ya me lo esperaba. Ahora que lo tengo aquí, sobre mi mesa, siento placer con hojearlo rápidamente, entreteniéndome en ver el rápido galope de letras confusas, con el olor tan amable que se despide de las pájinas.

Vaya un abrazo para Justo y un montón de gracias por su obsequio valioso, que sabré apreciar en cuanto se merece.

***

"El Fígaro" tiene un nuevo secretario. Todos lo conocéis muy bien. Le visteis, lectores, surgir en "El Ideal." Luego frecuentó "La Pluma." Por allí se le vio mucho. Dejó algunos versos, algunas prosas, en el vestíbulo de aquella *ville* modesta que pugnaba por tornarse el palacio opulento.

El es Isaías Gamboa: poeta exquisito, noble prosista. Lo conocéis ya. No es necesaria la presentación de estilo. Reinará entre él y vosotros la más franca cordialidad. Además. Luégo conoceréis la *esquisse* al lápiz, suya, que lista para darlas á las cajas tengo ya. Allí lo veréis mejor.

***

En días pasados, los amigos de "El Fígaro," despidieron un amigo que se iba á tierra extraña.

El ex-secretario de "El Fígaro," Ismael Fuentes ha partido con dirección á Quezaltenango, Guatemala.

Hoy, cuando él quizá esté allá, bueno y sano, séame permitido poner aquí una nota momentánea, escrita al correr del lápiz y al apuro del cajista que reclama material.

Fuentes es un pipiolo. Os lo presento, señoritas. El nuevo artísta os deja su tarjeta, Bristol aristocrática, en el vestíbulo de vuestra casa. El ujier la recibe en deslumbrante bandeja de plata labrada. Es Ismael, demócrata que pugna por ser príncipe. Quiere prenderse al ojal de la solapa de su correcta levita, la insignia de las personas de la sangre azul Y va camino de París............Y...............

Ahora empieza. "El Fígaro" le ha acogido en sus columnas y lo ha presentado al público. Es su iniciador. Su pluma no da aún los toques maestros, ni traza los contornos correctos. Aun mancha el papel, por lo que debe reprenderlo su maestro Lohengrín. Aún se mancha los dedos de tinta.

Los muchachos siempre prometen. Alegres, alborotados, siempre en ellos va el germen de cosas buenas, de empresas pujantes.

Delante tenéis un ejemplo. Fuentes no descuida ni un momento, de su pechera blanca, de que el lazo de su corbata vaya siempre bien hecho, del color del casimir de moda, de la zapatilla charolada y el escarpín de seda, recién llegado de París. El caballerito que pasa, no desdeña el cultivo de las bellas letras. Escribe y pasea, medita y ríe. Traza un cuento, mientras piensa en un nuevo perfume para el pañuelo, en el prendedor para el lazo de la corbata. No deja democratizar su pechera y sus puños por la más leve mancha y así debía ir, poco á poco, paso á paso, procurando no mancharse los dedos con la tinta, no espigorrotear las cuartillas, botar la dehesa del principiante.

Hay en Ismael fondos para un buen artista. Lo digo con entera franqueza. Falta el cultivo, cabe decir, falta que labrar la madera, y eso es un trabajo lento. Se consigue con el incesante estudio, con el constante ejercicio. Estudie. Lea bueno y poco, eso sí. Daudet, Bourget, Zola, Baudelaire, Mendez, Silvestre, y no por eso hay que hechar al olvido á los viejos clásicos españoles y á los maestros latino--americanos. Y luégo, el ejercicio, la incesante gimnasia, para la vigorización del alma y la tención de los músculos.

Así, siguiendo los preceptos, se marcha por buena vía y talvez se consigue llegar al fin de la ruta, á la deslumbrante Damasco. Mientras tanto: un apreton de manos al amigo Ismael. No me fue dado dárselo personalmente; pero váyale á través de las distancias.

Para terminar. Siga como ha principiado, procurando eso sí, escardar un poco sus frases de falsos relumbrones; sofrenarla y no dejar que galope á su antojo; cuidar de que los colores de su paleta, no se rieguen y se confundan.

CONDE PAÚL

San Salvador, diciembre 8 de 1894.

Mi estatua

Decís que es una estatua, y yo lo creo;
Mas el divino mármol de su hechura
Simboliza el ideal de la hermosura,
Y en admirarla siempre me recreo.

Su sed apaga en ella mi deseo
Con la grata fruición de la frescura,
Y viendo su seráfica escultura,
Para adorarla más ser más deseo.

Reina una inagotable primavera
En sus núbiles formas, y sería
En batallas de amores la primera,

Y encuentro en ella tanto de poesía,
Que á los pies de esa estatua enloqueciera
Y abrazado á ese mármol moriría!

VICENTE ACOSTA

En un album

FERMOSA É GENTIL AMIGA:

Por uno de esos extraños honores non repetidos como apreciados, habedes dispuesto que en la primera página del vueso libro tan querido, dexe en mi prosa non docta un tributo de admiración é aprecio.

En polido estilo é donosa expresión quisiera decir, cómo captivas corazones é cómo tal gentileza inspira el galano romance de caballerescos trovadores, que se dan á pensar é á escribir las sus trovas de poetal ternura, bien olientes cual jazmines.

Gozosa anduviera mi voluntad si aquestas frases fueran del vueso agrado, é sea para mi descargo que al dexaros el razonamiento mal forjado en antigua fabla, es que de antaño pláceme rendir pleito homenage á vuesas gracias é méritos altísimos, dignos muy mucho de gloriosa remembranza.

Si el deseo fuera en parexa proporción con el noble intento, yo faría que un mago sabidor, por vos, dexara aquí complimientos de ogaño é os ofrendara rosas vencidas por la color de vuesos labios é lucientes estrellas, que en jamás de los jamases competir han, con los tus ojos do cobra dulcedumbre é vida toda musa soñadora, nin de otra manera lograra que el joglar garrido, truxera poetal canción de eloquencia dulce é fermosa cobertura.

La gaya ciencia ca en estos tiempos non tiene desmedro, fará galardón de vuesas virtudes é reconocer ha de grado el señorío que habedes en las almas.

Non tengas á mal que á falta de sapiencia venga el deseo, é parad mientes que sale la palabra nascida del corazón; magüer non podría se de otra guisa en derechura de juicio é poridat de entendimiento.

Guarde aquestas páginas el fidalgo valeroso é al calarse la celada, faga sin igual justa, contra todo el que mañero non vos rinda todo acato, non vos ofrende blasones.

E por lo que á mi toca, vos ofrendo con la fabla de entonce, norabuenas homildosas é finco mis ansias todas en que las palabras que escriban é los dichos que aquí dexen los apuestos caballeros, en trova dulce vos, traigan eternal felicidad.

VÍCTOR J[illegible]

Rima

PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA VIRGINIA AMBROGI.

Burlando su jaula de oro,
hacia ti vuela esta rima:
va en busca de una hoja blanca
de tu album, preciosa niña,
llevándote los saludos
que un alma de aquí te envía....
¡Salve, á tus brunos cabellos
y á tus oscuras pupilas!

MIGUEL M. LUNA

Lima, octubre 29 de 1894

La alcancía

[CUENTO DE HADAS]

I

Clavelina mendigaba en un camino por donde no pasaba nadie: de manera que nunca caía una moneda en su débil mano, fatigada de mantenerse abierta. De vez en cuando caía de una rama sacudida por el viento una flor, y se deshojaba sobre la mendiga, y la golondrina al cruzar volando, le hacía con el rumor de sus alas, la limosna de un chillido......

Pero estas dádivas quiméricas no eran de las que podían darse en pago á las gentes que venden las cosas que se comen y las cosas que se visten.

Clavelina, pues, era muy digna de lástima, tanto más, cuanto que nacida no sabía dónde ni de quién, y no conservaba de su origen otro recuerdo que haberse despertado una mañana de sol junto á los matorrales de un camino, no tenía por la noche,para recogerse, una cabaña oliendo á sopa caliente, donde otras niñas, después de haber recibido un beso de sus padres, se duermen sobre paja tibia y enfrente del fuego del hogar.

Resignábase á trepar, no bien cerraba la noche, á un árbol corpulento, recostándose entre sus ramas....Cuando el tiempo era muy frío hubiérase de buena gana acurrucado en un nido de pájaros.

Tenía por vestido un saco de arpillera que un día de buena suerte encontró en una zanja: cada primavera lo recomponía con hojas verdes, y como era linda y fresca, y sus mejillas de tintas rojas, parecía aquel atavío el follaje de una rosa.

Tenía, para comer, avellanas silvestres y serbas, y como gran regalo, asar saltamontes sobre yerbas secas.

Como ustedes ven, Clavelina era la criatura más miserable que cabe imaginar, y si su desventura era grande durante el buen tiempo, cuando hay calor en el ambiente y frutas en los árboles,

puede calcularse lo que sería cuando el cierzo helaba las plantas y la helaba á ella misma á través de los harapos de hojas secas.

Una vez, cuando volvía de buscar avellanas silvestres, vio surgir de un arbusto una hermosa dama, cubierta de brocado y pedrería; era una hada que le habló con voz más dulce que la música.

—Clavelina, ya que tu corazón es tan bueno como lindo tu semblante, quiero hacerte un don. ¿Ves esta alcancía tan pequeña que tiene la forma y color de un clavel rojo abierto? Tuya es; pon en ella lo que tengas de más precioso; el día que la rompas, te devolverá centuplicado lo que haya recibido.

Y dicho esto el hada se desvaneció como una llama que apaga el viento.

Clavelina, que había alimentado alguna esperanza al ver la hermosa aparición, quedó más triste que nunca. ¡No debía de ser una hada buena, no! ¿Qué crueldad mayor que dar una alcancía á una pobre criatura que nada tenía que guardar? Las únicas economías que había podido hacer eran los recuerdos de los días sin pan, las noches sin sueño entre el cierzo y la nieve.

A punto estuvo de romper contra una piedra aquel presente que era un escarnio; pero era de natural tan bondadoso que no podía ni hacer daño á las cosas dañinas. Lloró, pues, tristemente y sus lágrimas cayeron una á una en la alcancía, pequeña, y roja como un clavel recién abierto.

II

Otra vez experimentó una dicha que le hizo aún más desdichada.

Por aquel camino por donde no pasaba nadie, pasó un día el hijo del rey, de vuelta de caza y con el halcón en la diestra. Montaba un caballo que sacudía sus crines de nieve, y era su traje de raso recamado de oro, altivo el semblante y tan luminoso, que no era de extrañar que en él se abriera la flor de sus labios; el príncipe era tan hermoso, que la mendiga creyó ver un arcángel en hábitos de gran señor.

Desencajados los ojos, entreabierta la boca, tendidos hacia él los brazos, quedó extasiada y sintiendo que algo, que debía ser su corazón, saliese de ella y lo seguía. Pero ¡ay! él se alejó sin haberla siquiera visto.

Sola como antes, más sola aún, porque había dejado de estarlo por un momento, dejóse caer sobre un márgen, cerrando los ojos para que nada, sin duda, viesen que no fuera aquella imagen adorada.

Cuando los abrió, arrasados en lágrimas, halló junto á sí la alcancía, que semejaba en cierto modo á una boca entreabierta.

La cogió, y en la locura de su vano amor, poniendo toda su alma en el aliento, la besó con beso prolongado. Mas el presente de el hada no dio más señales de vida que las que hubiera dado una piedra acariciada por una rosa

A partir de aquel día, sufrió Clavelina penas tales, que no podían compararse á ninguna de las sufridas hasta la sazón.

Recordaba, como horas felices, aquellas en que no había padecido más que hambre y frío...... Pensaba en que otras mujeres, en la corte, ricamente ataviadas, "menos bellas que tú," le decía el espejo de la fuente, podían contemplar casi á todas horas al gallardo príncipe del semblante luminoso; en que se acercaría á ellas, les hablaría, les sonreiría: quizá dentro de poco, alguna ilustre doncella venida de Trebizonda en un palanquín, á lomos de un elefante blanco de dorada trompa, se desposaría con el hijo del rey.

Y ella, la mendiga del camino sin caminantes, continuaría viviendo, porque vivir es morir un poco cada día, en aquella soledad, en aquella miseria, lejos del que tan tiernamente amaba, y no lo volvería á ver nunca ¡nunca!......

Y la noche de las regias bodas, ella se acostaría en un árbol, sobre una rama, y mientras los esposos se besarían con amor, ella mordería de rabia la corteza de la encina......

De rabia no: aunque atormentada no sentía cólera; su mayor dolor era pensar que quizá el hijo del rey no sería tan amado por la princesa de Trebizonda como lo hubiera sido por ella, mísera criatura.

III

Al cabo, un día de nieve resolvió no sufrir más: determinó arrojarse en el lago que había en medio del bosque: apenas sentiría el frío del agua; acostumbrada como estaba al frío del ambiente.

Tiritando, pudiéndose apenas sostener, se puso en camino con la mayor rapidez posible. Entre la tristeza del suelo blanco, los árboles desnudos, los matorrales erizados y las sombrías lontananzas, nada resplandecía más que sus cabellos de oro; dijérase que había quedado allí un poco de sol.

Caminaba cada vez más á prisa; al llegar al lago, la nieve había formado sobre sus harapos como un blanco traje de desposada.

—¡Adiós!—dijo.

¿Adiós?....sí á *él*

Pero en el punto en que iba á lanzarse en el agua, surgió de entre las ramas de un espino el hada cubierta de brocado y pedrería.

—Clavelina,—le preguntó—¿por qué quieres morir?

—¡No sabéis, hada perversa, cuán desventurada soy! La muerte más horrible me será más dulce que la vida.

El hada sonrió bondadosamente.

—Antes de ahogarte,—advirtió,—debieras, al menos, romper la alcancía.

—¿Y para qué, si siendo, como soy, tan pobre, nada he puesto en ella?

—No importa; rómpela.

Clavelina no se atrevió á desobeder. Sacó de entre sus andrajos la inútil dádiva, y la rompió contra una piedra.

Entonces, al paso que el bosque se trocaba en magnífico alcázar de pórfido con techumbre de azul, estrellada de oro, el gallardo hijo del rey, saliendo de la alcancía hecha pedazos, estrechaba

á la mendiga entre los brazos y la besaba los cabellos, los ojos y los labios una y cien veces. Al pro pio tiempo le preguntaba si quería aceptarlo por esposo.

Y Clavelina lloraba de alegría, lloraba sin cesar, porque la buena alcancía devolvíale fielmente, así como el beso recibido, las lágrimas de tristeza en lágrimas de felicidad.

CATULLE MENDEZ

Pianíssimo

PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA VIRGINIA AMBROGI.

Quisiera ser el rayo
de luna que acaricia
en la orilla del Gánges
á la sagrada flor
del loto, que sintiendo
la plácida caricia,
se entreabre y vierte el suave
perfume de su amor.

Para besar tu frente
de virgen, blanca y pura,
que esparce un grato aroma
de incólume virtud,
y tiene el color firme
de pálida hermosura
y el brillo inmaculado
de eterna juventud.

Quisiera ser el dulce
reflejo de la estrella
que escintila en las claras
ondas del lago azul,
y esplende en el nenúfar
que trémulo descuella
y rasga de las sombras
el vaporoso tul;

Para besar tus ojos
de arcángel, esplendentes,
que emergen claridades
de noche tropical,
y fúlgidos titilan
como astros transparentes,
y son vívidas flores
del prado sideral!

JOSÉ FIANSÓN

Lima—1894.

Estío

PARA "EL FÍGARO"

Y fue bajo el verde pabellón del arbolado. Los arroyos tienen sus desbordes; las almas sus exaltaciones. Ahí. . . y estaba qué hermosa aquella tarde! Yo desfloré sus labios con un beso y la dije al oído: *amada mía.*

Sus grandes ojos negros me envolvieron en una ráfaga de luz; suspiró muy dulcemente y después......se oprimían nuestras manos, buscábanse nuestros labios y sonaba la risa en su garganta como el trino de ún pájaro felíz.

Las *buenas tardes* se abrían como sedientas de besos y piaban los azulejos en los platanares vecinos. La brisa, como una suave y perfumada mano de mujer, pasaba acariciando nuestros rostros.

Yo me había quedado pensativo......

¡Oh amada!—torné á decirla al fin, ebrio de amor y de poesía—mira cómo revientan las gemas y se pueblan los éteres de alas; mira el ocaso, parece un gran horno llameante teñido con el pálido rosa de tus carnes. Echa á volar tu alma! Volemos juntos, tan juntos que podamos tocarnos con las alas y fundir en un soplo nuestro aliento! Volemos á ver lo que hay de bello entre el cielo que besa y la tierra que sonríe!

Una fresca sonrisa alboreó en sus labios encendidos; se erectaron sus prominentes senos sonrosados y fogosos con la tierna docilidad de un niño bueno, alzó su bella cabeza orlada de rizos negros y margaritas silvestres. Lilia—que éste era su nombre—apartó sus ojos de la tierra y quedóse mirando aquella vaga, armoniosa, lejana comba de zafir.

Como del coro de un vastísimo templo levantábase aislada la entorpecida sinfonía de los pájaros poetas; y un desfalleciente tono de luz roja vibraba en ocaso, viniendo luégo á caer como una lluvia de rosa sobre el verde lustroso de las anchas y temblorosas hojas del bosque susurrante. La tarde estaba alegre: había frú-frú de alas de seda y canciones de amor en la enramada.

Yo la seguí en su marcha por el cielo. ¡Oh éxtasis! ¡oh de las almas, supremos arrobos inefables!..........

Cuando tornamos, ya el rojo reververante se había apagado en el ocaso. Abiertamente y sueltas las nieves de su crin avanzaba Rinfaux, el brioso caballo de la Noche. Aislada, casi sola, la diamantina Estrella de la Tarde cintilaba en oriente como una hermosa flor de lis. "qué santo, qué bueno es el azul!" murmuraba sonriendo mi dócil y hermosa pensativa.

La luna radió en el infinito. Era como el ojo de plata del viejo rey silencio que interrogara á las sombras y al misterio. Luego comenzó su harmoniosa ascención, callada y lenta.

Nosotros balbucimos el prometedor "*hasta mañana*" de las almas que esperan......Y bajo el verde pabellón del arbolado, sonó el último adiós, todo lleno de unción y castidad.

La tierra es el templo donde los penitentes ruegan y los buenos oyen misa. Un beso es la oración que dos almas pronuncian á solas y en voz baja.

Lilia perdióse al fin en un claro-oscuro de las frondas.

Las auras rumorearon en torno de las campanillas azules y las húmedas rosas entreabiertas; hizo sonar su órgano de cristal el arroyo titilante y tañeron sus flautas los ruiseñores del follaje.

Una cascada de notas se derramó en el espacio, lleno entonces de luz, de humedad y perfumes.

Adolfo García

Panamá—1894.

El Paraíso rehusado

Una vez que soñaba apareció ante mí una forma; como se asemejaba á una niña en traje de baile—imitando sus alas, muselinas desplegadas—comprendí que era un ángel.

—Angel, le dije, ¿á qué debo la alegría de verte á una hora tal en esta recámara donde ruedan aún los perfumes desprendidos de hermosas cabelleras? ¿No adviertes un olor de pecado, con el que ha de lastimarse tu sensibilidad acostumbrada al inciensio de los incensarios agitados en el azul inmaterial por las manos de las once mil vírgenes? No te aproximes á mi mesa que pudieras ver el retrato de alguna hermosa vestida tan sólo con el recuerdo de una túnica ó con el pesar de una camisa; deja mi biblioteca, no busques libros; apenas si hay sombríos y amargos poemas que leo sonriendo y cuentos extraños que leo con melancolía.

El ángel contestó:

—Guarda tus consejos. Cuando mis semejantes ó yo descendemos, no ignoramos lo que es preciso hacer, ni te preocupe tampoco á qué debes mi visita. Omnipotentes como somos, nos permitimos á menudo el capricho de favorecer á los que perecen menos dignos de nuestra misericordia.

Acepté lo dicho y no articulé ya más palabras. No me sentía con fuerza para discutir con una aparición que tanto se asemejaba á una mujer.

—He venido aquí, siguió, para preguntarte si te agradaría subir al Paraíso, rectamente, sin pasar por las vanas fórmulas de la muerte y de los funerales.

La proposición me agredó, que siempre tuve el deseo de contemplar los esplendores augustos del cielo. "Partamos inmediatamente" exclamé; y apenas concluídas mis palabras, una nube rosada en forma de globo, descendió á mi recámara por el techo entreabierto; la canastilla, bastante amplia para que dos cupieran, estaba hecha con rayos de sol entretejidos. Tan pronto como nos sentamos, "Soltad" dijo el ángel á invisibles servidores y subimos velozmente en medio de la soledad azul y sombría de la noche.

II

En tanto que se borraban en una lontananza tenebrosa las habitaciones de los hombres y que las montañas mismas se volvían masas confusas,

—Angel, pregunté, ¿es en efecto el Paraíso tan magnífico como lo fingen nuestros ensueños? Hábleme ¡oh mi divino guía! Cuéntame las maravillas promovidas á mis ojos, las alegrías que se ofrecerán á mi alma.

El ángel se dignó responder:

—Ninguna palabra del lenguaje humano—el único que podrías comprender, lleno de humanidad como estás aún—podría expresarte la magnificencia de aquella mansión celeste. Aun cuando llegaras á imaginarte el milagro de un jardín cuyo suelo tuviera la transparencia de un sol de estío, en el que las flores fueran vírgenes más cándidas que los lirios, donde formaran el aire perlas evaporadas, quedaría tu quimera tan lejos de la exquisita realidad como una negra noche de invierno lo está de una aurora de Abril. Y lo que es mucho más imposible aún de hacerte presentir, es la alegría infinita, eterna, inmutable, que te envolverá y penetrará tan pronto como hayas franqueado el augusto dintel, tan pronto como seas una de las llamas puras del inmarcesible incendio.

No era posible que con lo que escuchaba, no redoblase mi impaciencia. "Apresurémonos, apresurémonos," dije; pero advertí que el globo, después de haber pasado las primeras estrellas, no subía, inmóvil en la inmensidad.

—¡Oh! ¿Qué pasa? pregunté.

—Bien lo veo, dijo el ángel; pesas demasiado.

Como no había tiempo para vestirme, tuve el recurso de arrojar mis vestidos por sobre barandilla.

De nada serviría, me dijo el ángel, leyendo mi pensamiento. No es un peso material el que interrumpe nuestro ascenso. Si quieres subir, desembarázate de las ambiciones, de los sueños de gloria y de opulencia, que todavía te sujetan á un mundo inferior.

Me costó trabajo, en verdad, acceder al consejo de mi guía. ¡Qué poeta no adora esas quimeras; los capitolios llenos de aclamaciones, las multitudes domadas por el ritmo pomposo de los versos y, en los palacios de oro y pedredrías, los coros de poetisas juveniles que cantan las alabanzas del rapsoda triunfante? Pero el deseo del Paraíso, sobrepujaba los demás deseos; y lancé, resuelto, en la sombra, hacia la tierra desdeñada, mi orgullo y mis esperanzas de renombre y de riqueza. La nube rosada, apenas desprovista de este peso, comenzó á elevarse rápidamente por encima de todas las estrellas.

III

Aun cuando estuviésemos muy distantes de nuestro sublime fin, una luz suave y blanca me bañaba, me encantaba. Salimos de las tinieblas terrestres; era principio del verdadero cielo. En una claridad que parecía plata fluida, pasaban silenciosamente turbas aladas, dejándome en la frente, en los cabellos, con el viento de las alas, caricias exquisitas; el aire que respiraba corría en mi boca, en mis pulmones, en mi corazón, como tibio fluido lleno de encantos. ¡Oh! ¡qué embriaguez sería la que me invadiese en el Paraíso cuando su proximidad, no obstante lejana, me colmaba de tales delicias?

Pero vi, lleno de inquietudes, que el globo cesaba de ascender.

—Veo lo que es, dijo el ángel; aún pesas demasiado.

—¿No repudié las ambiciones, los sueños de gloria y opulencia?

—Sí, pero conservas en el fondo de tu alma los recuerdos de amores humanos; no has olvidado las sonrisas, los besos de las bellas pecadoras. Esas tiernas memorias son las que atraen á los mundos inferiores.

—¡Cómo! á vosotras también reminiscencias de coqueterías sutiles, de abrazos lentos; á vosotros también, recuerdos perfumados de corpiños abiertos, de cabelleras desatadas; á vosotros también, ecos murmuradores de cuchicheos de alcoba en noches lánguidas; á vosotros también, ¡ah! he de perderos.....¡Sea! Para hacerme digno del Paraíso, consentiré en tan cruel olvido; y arrojé, à través de la luz hacia la sombra de la tierra, la memoria de las caricias, de los labios rosados, de los senos pálidos, de las tibias formas de satín. El globo entonces, como arrebatado por la alegría, subió en medio de la luz más y más resplandeciente.

IV

¡Oh espectáculo! Vi, vi al fin las puertas de diamante de aquella mansión incomparable. Allí estaba el Paraíso, encima de mí, cercano, llegando á mis ojos humanos todo el celeste desvanecimiento. ¡Quién osaría intentar describir esas ráfagas de luz más terribles que un inmenso relámpago y más suaves que el romper de una rosa blanca? Y más lejos contemplaba bajo el níveo y diáfano follaje en que florecían las estrellas, el paso misterioso de los ángeles que, dos á dos, se contaban sus amores. ¡Oh éxtasis de los seráficos himeneos, oh, beso perpetuo de labios siempre puros, yo también conoceré vuestros misterios!

Iba á entrar en el abismo augusto de la eterna alegría.

De momento, cuando el globo estaba ya cerca del divino dintel, se detuvo. Qué desesperación tan amarga fué la que me hirió.

—¿No he arrojado ya todo por encima de la canastilla? ¿No de todo me he desprendido? Nada, nada me queda de las vanidades ambiciosas, de los amores culpables......

—Aún pesas demasiado, dijo el ángel, porque te queda........

—¿Qué? pregunté inquieto.

—Te queda en lo más íntimo del corazón, más profundamente de lo que penetraron las ambiciones y las concupiscencias el recuerdo de una niña, no hermosa, apenas linda, que apartó su boca de la tuya, en el sendero de un bosque de tréboles, la tarde que cumplías diez y seis años. ¡Vamos! arroja ese recuerdo como los otros. Mira el Paraíso, irradia.

Pero yo dije:—No.

Entonces, á un gesto del ángel enfurecido, me abismé á través de la luz y de la sombra hacia el mundo inferior, y caí en la tierra negra y dura, lejos de los esplendores paradisiacos, destrozado, moribundo quizá; pera feliz de haber guardado el recuerdo de aquella pálida niña, que me negó sus labios, la tarde que cumplí diez y seis años, en el sendero del bosque de tréboles, cuando no acababa de abrirse la eglantina de mi primer amor.

CATULLE MENDEZ

Agudos

(PARA "EL FÍGARO")

Como cuerpo que una alma
  busca en la eternidad,
ó como alma que un cuerpo
  vino al mundo á buscar;
tal como los sentidos
  buscan la sensación,
aunque esta se traduzca
  en placer y en dolor,
así errante se pierde
  uno que es, ó que no es,
uno que no cree un mito
  aquello de la fe,
buscando quien le diga
  si para ser feliz
debe uno resignarse
  á nacer y á morir;
y el feto y el cadáver,
  quitándose el capuz,
le responden: nosotros preguntamos
lo que has venido á preguntarnos tú!

DOMINGO MARTÍNEZ LUJÁN

Lima: 1894.

Imprenta Nacional